



UN LUGAR PARA CONSTRUIR
●●●●● Foro de Crecimiento Personal ●●●●●

Escritos de Bomora

DOS EXTRAÑOS

La sorpresa anegó sus caras cuando, entre la multitud bulliciosa, se contemplaron el uno al otro en el bar donde previamente se dieran cita. Él llevaba la camisa azul marino prometida, así como el pantalón color burdeos que comprase en rebajas; ella su vestido de lino blanco estampado con flores, tal y como también le previniese. El bar estaba atestado de estrepitosos parroquianos prestos a llenar de algarabía un nuevo fin de semana, ocupando todos ellos su privativo puesto dentro de la ilusoria burbuja que, a modo de válvula de escape, durante escasas horas les mantendría alejados de los sinsabores y denuedos cotidianos que se empeñaban en absorber su sangre y devorar su espíritu; era un bar de los que, como casi todos, aún permitía fumar, hábito que enrarecía su atmósfera con una densa calígine, producto del humo de las decenas de cigarrillos que iban uno tras otro prendiéndose al ritmo que marcaba la necesidad de nicotina, un humo que ascendía en volutas y se hacía especialmente visible, componiendo caprichosos arabescos, en el interior de los haces de luz filtrados en agudo ángulo a través de dos enormes ventanales con pesados parteluces que daban al exterior. Pugnando por descollar entre el vocerío, comenzaba Frank Sinatra, desde los altavoces del local, a acometer los primeros acordes de su eximio “*Strangers in the night*”.

Se habían conocido un par de meses atrás al coincidir en el chat donde con ánimo meramente lúdico ambos entraran, y a partir de entonces todos los días de lunes a viernes, sin fallar uno solo, y de diez a diez y media de la mañana, habían acudido a ese mismo punto de encuentro para pasar su media hora de asueto laboral diario conversando con incoercible avidez. Paradójicamente, un medio tan frío y ambiguo como era ése, templo del anonimato donde la gente solía expresarse a sus anchas embozando su verdadera identidad bajo variopintas máscaras, los había ido poco a poco uniendo hasta conseguir que entre ellos se generara una invisible pero sólida corriente de afecto, tejiéndose así de ordenador a ordenador estrechos lazos que ellos mismos terminaron por percibir en su fuero interno tan fuertes como el acero. Mediante esta cibernética correspondencia, ambos habían ido poco a poco descubriendo una miríada de nexos comunes, los dos se habían casado muy jóvenes, todavía inexpertos y nada preparados para tan trascendente paso, ambos tenían dos hijos de sus respectivos cónyuges, chico y chica para más identidad, y tanto él como ella sobrellevaban un matrimonio anodino al que desde hacía mucho tiempo devoraba la rutina, un matrimonio abastecido únicamente por insubstanciales nutrientes, reducido en última instancia al polvo semanal, el acostumbrado beso de buenas noches y fútiles conversaciones circunscritas a la educación de los hijos y los requerimientos del hogar que compartían, lábiles cimientos

para mantener viva no ya sólo la llama del amor, sino también la del deseo, aun siendo no obstante sólidos para sostener la de la material conveniencia. Aburridos de esta prosaica vida, habíanse encontrado en los invisibles páramos que los cables componían tras su kilométrico discurrir por el subsuelo, tembladeras electrónicas en los que uno podía hundirse ante cualquier paso en falso, pero que ellos dos metamorfosearon en paradisíaco vergel por el solo hecho de su virtual presencia matinal al socaire de sus millones de bits. Puntuales, el contacto lo iniciaban desde sus respectivos centros de trabajo nada más que el reloj daba las diez, dando principio a un diálogo que sustituía en el tiempo al frugal almuerzo que hasta entonces lo colmara, alimento para el alma en lugar de pitanza para el cuerpo, ése había sido el sutil cambio que había convertido para ellos aquella media hora en lo más mirífico de su tiempo de ocio. Desde un principio habían convenido en no conectarse desde casa, tanto por falta de tiempo material, como por temor a la contingencia de ser sorprendidos por sus respectivas parejas, técnicos, como ellos mismos, en informática (otro más de sus numerosos puntos comunes), pero esa escasa media hora resultaba suficiente para inundar de dicha sus entrañas.

Durante esos treinta minutos diarios, el mundo se reducía para ellos a una pantalla de ordenador, sabedores de que más allá de ese frío telón de plasma se encontraba el interlocutor soñado, el quimérico portavoz de sus ilusiones, el dilecto confidente. Sólo hablaban de ellos mismos, de sus sueños y anhelos, de sus fobias e inquietudes, de sus problemas y aspiraciones, y, cómo no, de esa mutua atracción que día a día iba aproximándolos con incontenible pujanza; los temas como el trabajo o las respectivas familias constituían insulsas materias que rehusaban tocar cual prohibidos tabúes. Cada vez se sorprendían más de los abundantes vínculos de ligazón que entre ellos hallaban, dos seres parecían hechos el uno para el otro, similares deseos, compartidas dudas, común angustia ante lo que entendían una existencia huera de sentido, idéntica esperanza de escapar de ella hacia un más promisorio futuro.

Fueron así intimando más y más, de manera que lo que empezara siendo un mero entretenimiento se transformó al fin en el germen de un romance que, aun todavía límpido, amenazaba con derribar los muros de la prudencia para convertirse, cuando el contacto real lo desbloqueara, en una tumultuosa y férvida pasión. Porque, en efecto, y ambos lo intuían, sólo faltaba ese físico contacto, mirada frente a mirada, piel junto a piel, para que Amor terminase de abrir su caja y sus omnipotentes dardos, cuya buida punta ya enfilada estaba hacia sus corazones, prorrumpiesen impetuosos con ánimo de en éstos hincarse.

Mucho más encandilador el susurrante reclamo de lo prohibido que los circunspectos dictámenes de la prudencia, decidieron al cabo no dar la espalda a esa caja y concertaron una cita para poder conocerse en persona, franqueando así la última barrera que aún los separaba. Convinieron no enviarse foto alguna que los identificara de antemano, dando por sentado que mantener durante unas horas más el anonimato, lejos de perjudicarles, revestiría de mayor emoción si cabe su encuentro, quizá también había algo de miedo en esa decisión tomada de consuno, el miedo que cada uno sentía a que su imagen no se correspondiera en absoluto con la idealizada por el otro, arruinando su visión previa la magia que envolvía su relación virtual; en todo caso, ambos eran conscientes de que la

realidad posiblemente estropearía parte del hechizo que sus respectivas imaginaciones habían creado, no en vano la fantasía acostumbra a poetizar y elevar lo deseado a cimas de todo punto irreales; pero tampoco les arredraba esa certeza, en el fondo no se trataba más que de un canon a pagar por verse, por la posibilidad de tocarse el uno al otro, de sentir su aliento pegado en el rostro, y ése era un precio módico para tan atractiva presea. No existía, en cambio, el temor a no reconocerse. Yaco ya había dicho que iría de azul marino y burdeos, y Blue llevaría su traje estampado, ese mismo que comprara haría dos años y que a los ojos de su displicente marido había pasado completamente desapercibido; ahora tendría ocasión de lucirlo ante alguien que, seguro, sabría apreciarlo mucho mejor, ante su sublime y querido Yaco. Por cierto, no eran estos sus verdaderos nombres, sino los seudónimos que empleaban en su diaria correspondencia; desde un principio se llamaron así, él Yaco, Blue ella, y les gustaba, lo entendían como otro misterio más del cautivador sortilegio que envolvía su relación, ¿para qué designarse de otro modo, si estaba claro que sus auténticos nombres no tendrían la misma eufonía que los apócrifos? No obstante, sí que a veces en su fuero interno se había preguntado cada uno cómo se llamaría en realidad el otro.

- *¿Mario?* –inquirió ella con voz entrecortada por el asombro, sin apenas poder dar crédito a lo que le transmitían sus ojos.

- *¡Maria!* –exclamó él, presa de análoga hesitación

¿Qué tipo de burla grotesca era aquélla?

Poco a poco la sorpresa fue, empero, dando paso a la luz del entendimiento, una luz que les dio alcance henchida de una potente carga de aflicción. Los dos cómplices se observaron en silencio. Tal y como ambos tenían previsto, ese viernes se encontraron, en efecto, dos desconocidos frente a frente, pero dos desconocidos para los que, sin embargo, dábase la circunstancia de llevar ya casados entre sí más de veinte años. Fortuna había estado antojadiza en esta ocasión; en su afán por servirse de los hombres a modo de marionetas y retozar provocando rocambolescos albures con su destino, acababa de pergeñar una bufa antruejada que en sus dos víctimas dejaría impreso un profundo estigma para el resto de sus vidas.

Continuaba entretanto Sinatra entonando su canción, y de su voz limpia surgían las acompasadas notas como melancólicos susurros. “*Strangers in the night, two lonely people, we were strangers in the night*”. La canción resultaba apropiada, no en vano también ellos, como los de la canción, eran dos extraños, dos extraños que ahora, el uno junto al otro, las cabezas agachadas, de azul marino y burdeos él, con un primoroso vestido estampado ella, regresaban a casa. Mario y Maria, Yaco y Blue. Dos extraños en la noche.

- **DE ACUERDO** –

10 de Octubre de 2006

BESAME BOBA

- Bésame boba

Pero ella porfiaba en su negativa a no besarle en los labios; en la mejilla cuantos besos quisiera, pero en los labios ni uno solo. Ante esta obcecación, él argüía que ya el hielo de los besos lo rompieron pocos soles ha, pareciéndole ridículo toparse ahora frente a un recio “no” cuando días antes el acceso a su boca fuérale franqueado por un dadivoso “sí”, por más que éste sólo hubiese sido proferido de manera tácita, en cuanto no encontraron sus labios resistencia alguna tras lanzarse al abordaje de los femeninos, lo cual constituía un asentimiento tan válido al fin y al cabo como el expreso. Por este motivo, que su mente cartesiana amparaba dentro de la más pura de las lógicas, insistía él en sus pretensiones. Sin embargo, ella rehuía su actual acoso objetando que aquella otra vez se habían bebido entre ambos casi una botella entera de ron, ingesta que embotó su cerebro haciendo que no atendiera a razones, salvo si acaso las pregonadas por la hechicera voz de los sentidos, raramente juiciosas, de forma que bastante era que en tales circunstancias todo hubiese quedado en sólo unos besos. Y él, recordando aquellos momentos pretéritos, se decía que fue un tanto estúpido al no haber esgrimido su destreza persuasiva para, aprovechando precisamente esa excitación adicional que procuraba el alcohol, abatir por entero las febles defensas que entonces le fueran opuestas, ¡tan antagónicas estas a los sólidos baluartes contra los que ahora se estaba viendo obligado a acometer! No obstante, puestos a ser sinceros, no podía sino admitir que fue justamente esa descompensación en el peso de las voluntades lo que lo detuvo entonces, habida cuenta la mucha mayor pujanza embriagadora con que al parecer el alcohol incidía en la sangre de ella, lo que a su vez le ubicaba a él en una situación de superioridad cuyo aprovechamiento hubiera resultado cuando menos mezquino. En todo caso, justo era decir también que esa inopinada medida fincó asimismo, aparte de en el respeto y la caballerosidad, en la absoluta certidumbre de que rendida quedaba la plaza, por lo que cualquier otro día consumirían sin más contratiempo la historia ya empezada. Nada se perdía por esperar un poco más; todo lo contrario, más delicioso sabría después el plato. Pero, ja, contrariamente a tan optimistas previsiones, ese cualquier otro día no terminaba de llegar, resistiéndose ella no ya sólo al abrazo carnal de los cuerpos, sino a un simple y pueril beso en los labios.

- En la mejilla cuantos quieras –volvía ella a perseverar, como en una letanía, cada vez que él aproximaba su boca ávida.

- Pero ¿por qué?

- Porque los amigos no se besan en los labios.

- Ya, pero resulta que yo te quiero y deseo ser algo más que amigo tuyo.

Pero ella que no, que sólo amigos, terca como una mula.

Una y otra vez se estrellaban las palabras contra el muro que ella levantase para contener sus acometidas. No había forma de vencer tan obstinada resistencia. Llegó incluso,

sirviéndose de su talento natural para la fabulación, a escribirle variopintas historias, ficciones de todo tipo en las que ella era siempre la protagonista, la indiscutible diva, ya fuera dibujada como una llana campesina que conquistaba el corazón del hijo de un rico hacendado, ya como la estudiante que seducía a su maduro profesor con guiños de complicidad, ya como una matrera espía ante la que rendido caía el comandante en jefe de las fuerzas enemigas, ya como la altiva princesa que rechazaba desdeñosa al pobre juglar enamorado, distintos personajes para idéntica personalidad, todos ellos confeccionados a la medida de aquella mujer de pequeña estatura, ojos oscuros, carnosos labios y sonrisa embaucadora, la joven de la que, ironías del destino, se había enamorado con la pasión propia de un adolescente. Pero ella, pese a devorar tales historias con fruición, no caía en la trampa, rendida tal vez a su faceta como escritor, admirándole cada vez más en esa concreta esfera, seducida por su talento, maravillada con su ingenio, pero tan distante o más si acaso respecto a su individualidad en cuanto hombre, muy lejos en todo caso de esa connivencia amorosa que él procuraba por todos los medios, intransigente a las pasionales demandas. Sólo amigos. Y él le rogaba, le imploraba, desplegaba sobre ella todo su arsenal dialéctico, las frases más hermosas que se le ocurrían, las más tentadoras proposiciones. Nada. Vana elocuencia frente a impávidos oídos. Sólo amigos. Oídos que, inmovibles, declinaban las propuestas y reinterpretaban las frases a su manera, quizá recelosos del posible embuste, que no lo había, precavidos tal vez ante la celada, que ni mucho menos era tal, en busca probablemente de una intención espuria que desde luego no encerraban. Sólo amigos. Su acentuada fama de mujeriego constituía un handicap que en ese sentido jugaba en su contra, de lo que él era consciente, pese a entenderla bastante exagerada y, a mayor abundamiento, ya enteramente empalidecida a esas alturas de su vida, algo absurdo, una reputación cuyos ecos, aun persiguiéndole todavía, se generaron mucho tiempo atrás, cuando de la seducción hiciera él su pasatiempo favorito, el que mayor regocijo imprimiese sobre un ánimo siempre sediento de emociones intensas, aunque ejercido con suerte desigual. Sin embargo, ahora todo era distinto, estaba realmente enamorado, el nombre y la imagen de ella se habían grabado dentro de su cerebro justo en el rincón reservado a las más excelsas maravillas, y al recrearse en la fisonomía amada no podía sino pensar que esculpida había sido por un orífice divino, el mejor, el más reputado, no en vano oro puro eran para él tales rasgos, hasta sus imperfecciones lo eran, imperfecciones que al quedar plasmadas dentro de aquella divina faz perdían por completo todo posible contenido peyorativo para adquirir de inmediato el rango de joyas dignas de admiración, de tal manera que los restos de acné próximos a su barbilla se transfiguraban a sus ojos en resplandecientes cornalinas, la aguileña nariz en el palatino cetro de una reina, el que le confería un porte olímpico, la grandeza de una diosa inasequible a los simples mortales que tenían la dicha de poder contemplarla; diamantinas ramblas las pequeñas arrugas que se formaban al reír junto a sus ojos; argénteo coral la ósea protuberancia que como secuela de un intempestivo batacazo le quedase en el lado izquierdo de su frente. Todo, todo en ella le parecía admirable. De la noche a la mañana se había convertido en la única inquilina de su corazón y, avarienta en la conquista, apenas si dejaba hueco para cualquier otro afecto, ni siquiera para el hasta entonces reservado a su esposa; había entrado allí liderando las impetuosas huestes del amor y éstas no compartían espacio, lo copaban todo, sus dos aurículas y sus dos ventrículos, que hacían latir en impetuosas sístoles y diástoles, y también todas sus venas y arterias, en las

que se zambullían para bucear cual etéreas vampiresas sedientas de sangre, de su sangre. Sin embargo, ella, la conquistadora, la nueva dueña de su voluntad, parecía ver las cosas de otro modo, siendo que una y otra vez repetía la consabida cantilena:

- Sólo amigos.

En vista de que no conseguía abrir brecha alguna en sus entretelas, ni siquiera un mínimo resquicio por donde insertar los humores que brotaban de ese enfebrecido aljibe en que se habían transformado sus sentimientos, hizo firme propósito de olvidarla, desterrarla para siempre de su mente, cercenar de ésta su estampa como si de un malévolo cáncer se tratara, y para ello no dudó en transmutar el ideal que su intelecto fabricara de ella en una completa antítesis del mismo, un engendro tosco e infame, antagónica figuración de lo que fuera un ángel empíreo, figurándosela entonces como la más perversa de las hembras, una Hidra de siete cabezas devoradora de hombres, una Medusa con el cabello lleno de cerastas que en pétreo serpentino trocaba el corazón de quien tenía la desdicha de padecer su cruel mirada, una hórrida tarasca con forma de dragón cuyo sulfuroso hálito carbonizaba el alma de sus víctimas. Ahora bien, engañarse uno mismo, lejos de ser tarea fácil, requería una suprema fuerza de voluntad que no siempre era factible mantener incólume, de modo que, al menor descuido, la mixtificación se derrumbaba como si de un castillo de naipes se tratase, siendo así que el pensamiento se desprendía a la menor oportunidad de las falsas cadenas que lo sujetaban y, recobrando el dominio de la situación, volvía una y otra vez a reconstruirla con la forma de ese ángel que como ideal concibiera.

Inopinadamente, ella se presentó una mañana en su oficina para sugerirle comer juntos ese mismo día. La propuesta le causó extrañeza, más que nada porque solía ser casi siempre él quien tomara la iniciativa en lo que a ofrecimientos para llevar a cabo cosas en común se refería. Lo cierto fue que estuvo tentado de declinar la invitación, inducido a ello por el acicate que le suponía la idea de que en carne propia evaluara ella lo mal que sentaban los rechazos ajenos, aunque fuese algo tan baladí como una invitación a comer. La verdad era que para entonces él ya había logrado, mediante un ciclópeo esfuerzo, enfriar un tanto la lava que derramara el volcán de su pasión, si bien no aún del todo, ya que el vínculo emocional que le ligaba a aquella beldad morena de nivea piel seguía siendo bastante sólido, tan sólido que fue del todo incapaz de rechazar la proposición, por más que su razón se desgañitara voceando que debía hacerlo si no quería sufrir una recaída.

La comida resultó muy entretenida. Durante su transcurso, además de conversar sobre variados temas, ya relacionados con la literatura, el cine o, entre otros, sus respectivas miras laborales, repasaron con buen humor los episodios vividos desde el día en que se conocieran por primera vez, coincidiendo ambos en que lo habían pasado estupendamente durante todas y cada una de las ocasiones que decidieron salir juntos. Como si de un acuerdo tácito se tratara, quedó al margen el asunto relacionado con la atracción que en su día él declarara sentir hacia ella. Fueron de esta guisa dando cuenta del primer y del segundo plato, hasta llegar a los postres, momento que ella aprovechó para sorprenderle con un:

- Feliz cumpleaños
- ¿Feliz cumpleaños? –replicó él– Hoy no es mi cumpleaños.
- Ya lo sé, bobo, es pasado mañana; pero pasado mañana es domingo y yo no te veré ya como mucho hasta el lunes, así que quise adelantar mi felicitación a hoy.

Él recordó que de pasada habían hablado en cierta ocasión sobre sus respectivos aniversarios, pero no suponía que ella tuviese tan buena memoria como para retener la fecha exacta del suyo.

- Vaya, pues muchas gracias.
- Y tengo un regalo para ti
- ¿Un regalo? ¡Qué amable! No debiste haberte molestado
- ¿Cuál sería tu mayor deseo?

Sorprendido por aquella inesperada pregunta, el interpelado no pudo evitar una mirada recelosa.

- ¿Mi mayor deseo? Hmmm. No puedo decírtelo. Dicen que los deseos, si se revelan, ya no se cumplen.

Ella arqueó sus labios para fabricar esa sonrisa suya que no era sino un puñal etéreo que, de manera invariable, siempre terminaba por perforar las entrañas de él, incrustándosele en lo más profundo del alma, allí donde los sentimientos tienen su perenne guarida, al tiempo que aproximaba varias pulgadas su rostro hasta casi rozar el del compañero de mesa.

Encandilado, él le devolvió la sonrisa, algo más artificiosa no obstante que la recibida, tal vez fruto de la desconfianza que, por lo inesperado del mismo, ese súbito acercamiento le producía. Estuvieron así unos segundos, contemplándose en silencio, los semblantes muy cerca el uno del otro, hasta que ella, con voz insinuante, rompió el mutismo:

- Bésame, bobo.

Y sus labios se fundieron al fin en un largo y ardoroso beso.

- **Qué cosas** –

Paseo nocturno con un ángel

Hola, pequeño ángel, pliega tus alas, que hoy pretendo llevarte de paseo, quiero que me des la mano y caminemos en silencio, bajo la luz de las estrellas, intentando escuchar los ecos del pasado entre las piedras. Ven, vamos a movernos entre columnas, viejas pilastras que ya no sostienen nada y que en su soledad ruinosas parecen elevarse hasta el firmamento. ¿Puedes escuchar lo que dicen sus bocas de mármol? Cierta engreimiento se desprende de sus palabras, desde luego, por más que no sean sino siseos de viejos espectros, parca oratoria con la que rememorar la gloria vivida durante aquellas remotas fechas en que sostenían, ufanas, palacios y templos. En el fondo, sin embargo, más allá de esa aparente vanidad, su testimonio viene henchido de tristeza: el esplendor es efímero; el quebranto, inevitable; la agonía, imperecedera. Eso es lo que yo interpreto al escuchar sus añejas resonancias. Fuera de este lamento sesgado, no observo sino el estéril intento de revivir épocas pretéritas que ya no han de volver, antojándoseme en ese sentido sus capiteles pétreos cerebros donde anida el recuerdo de lo que fue y ya no es ni será. ¿No te parece su periplo un calco en piedra de lo que en suma es toda vida humana? Vestigios son ellas, las columnas, de un pasado glorioso, de idéntico modo que llegará el día en que nosotros mismos seamos vestigios de nuestro propio pasado. Por fortuna, en nuestro caso aún quedan bastantes años para que eso suceda, lejos estamos tú y yo todavía de ser meros vestigios; tú más lejos que yo, claro, que para eso eres un ángel etéreo. Pero llegará el infausto día en que así sea, lo inevitable siempre acaece tarde o temprano, de ahí precisamente su cualidad de inevitable. Quizá en esa certeza se fundamente mi empeño, enfermizo a veces, por desplegar al máximo el abanico de las sensaciones, consciente de que el pasado está muerto, el presente sólo es un fugaz suspiro y el futuro un torrente incierto cuya desembocadura última, nos guste o no, está en la ruina y la muerte.

Pero no hablemos ahora de cosas tristes. Mi intención, desde luego, no era esa, por más que las palabras broten a veces indómitas de mi garganta, sin atender al propósito que el pensamiento ideó para ellas en un principio. Tal vez sea porque aunque el pensamiento vuele, las palabras, modestas ellas, sólo pueden permitirse ir a pie. Así que ven, prosigamos nuestro recorrido, que la noche invita a pasear.... Aunque antes... sí, apoyémonos antes sobre muros de fantasía y elevemos los ojos hacia el cielo estrellado. Respira profundamente, deja que tus pulmones se inflamen con el aire de esta noche mágica. ¡Qué maravilla! ¿No notas como si ese aire, una vez dentro de ti, se transmutase en algo sólido, algo cuyo contacto íntimo hiciera vibrar los filamentos nerviosos de tu cuerpo? Yo sí lo noto, siento como si de repente me poseyera toda una legión de los tuyos, de ángeles, y digo ángeles por la naturaleza empírea que sin duda posee esa sensación. Noche mágica, momento mágico, idóneo para besar tus labios trémulos y perderme en tu boca de amaranto....

Pero cesen ya las palabras y continuemos, pequeño ángel, con nuestro paseo bajo el dosel de estrellas.

EL CAMINO

Entre aromas de lavanda, hipnotizado por un turbión de sensaciones dispares que en cascada se precipitan sobre mí, avanzando me hallo hacia un horizonte que desconozco, impreciso horizonte, sin contrastes definidos, oculto tras una boira espesa que lo atenúa a mis ojos. Voy caminando, y cuanto a ambos márgenes me ofrece la polvorienta senda, todo, los espinosos nopales, los enhiestos eucaliptos, la descarnada retama, los abiertos cañamares, eres tú, y la brisa de poniente me trae tus ojos, flavos como la miel, y suena tu voz. ¿Dónde? Me vuelvo y te busco, no te veo, pero sé que estás ahí, tú eres todo cuanto me rodea, tiras de mi mano y sigo caminando en pos tuyo, tropezando, zangoloteando de un lado a otro, con la torpeza del que no ve, asmático en el esfuerzo de seguirte y no perderte, y tanteo con mis manos mis labios, esos labios que tantas veces te besaron, y busco en ellos los restos de ti que todavía subsisten en ellos, con avidez, como el sediento que estruja la esponja marchita en el desesperado intento por exprimir unas postreras gotas que en sus recovecos aún pudieran permanecer, y mi boca se abre, pero no para beber, sino para gritar, para gritar tu nombre, ese nombre que se me fuga cual enclave exonerado de mi férula.

Me detengo y respiro, los recuerdos me asaltan con una cadencia arbitraria, superponiéndose unos a otros en una miscelánea aturdidora, unos recuerdos cuyo embriagador aroma me absorbe hasta que de nuevo retornan al recipiente que los contiene en su eterno destierro como heraldos del pasado, y cuando el torbellino de recuerdos pasa de largo, vuelvo en mi paréntesis presente a buscarte y otra vez mis ojos te ven por todos lados, en las ramas que cabecean como homogéneos danzantes, en las nubes que se arremolinan en un albo abrazo para plantar cara al sol, en la salceda que allá lejos, a la izquierda del camino, despunta, y me agarro a todo ello, aun sabiendo que no es más que un truco de la razón, una engañifa que me sirve de consuelo, el saliente al que me aferro para no precipitarme en el abismo de la soledad. Y suena otra vez tu voz. ¿Dónde? Allí mismo, en el agua que se estrella contra la rocas, en el viento que silba entre los macizos multicolores, en los iterativos trinos de los gorriones. Y esa voz, que es la tuya, comprime mis pensamientos, propulsados por el deseo como maleza que una impetuosa corriente arrastrara río abajo.

Ya, ya sé que tengo que olvidarte, que no puedo continuar toda mi vida en pos de un fantasma, pero la cuestión sigue siendo cómo reconciliar esa imperiosa necesidad de relegarte de mi pensamiento con el incoercible deseo de no hacerlo jamás. La esperanza de conservarte se me escapa entre los dedos agarrotados, como las volutas de humo de un cigarrillo interminable, sin que el deleite que me provoca tu ubicuidad panteística, esa que mi imaginación ha forjado, consiga neutralizar el dolor que dicha fuga me suscita.

El horizonte sigue vago, envuelto en una calígene que impide apreciar las formas que

recubre, pero aun pareciéndolo, no es un espejismo, sino que es real, se trata ni más ni menos que de la envoltura de ese futuro que me aguarda al otro lado, un futuro que se acerca veloz e irremediable, con el que no tardaré en tomar contacto y por el que me dejaré devorar como víctima que voluntariamente se ofrece al holocausto. Sé, sin embargo, que no será el último horizonte, que tras ese que ahora se acerca se abrirá otro nuevo, igual de impreciso y borroso que el previo. Y entre horizonte y horizonte irán desapareciendo los instantes en el incansable fluir del tiempo.

Y tengo miedo, estoy asustando como un niño al que le acecharan sanguinolentos monstruos más allá del amparo de las sábanas bajo las que se acurruca, y yo también me encojo dentro de mis sábanas, porque mis monstruos son precisamente tu ausencia, porque soy consciente de que en ese futuro que me aguarda no estarás tú. Y tan agudo temor me lleva a posar de nuevo los ojos en el paisaje que a ambos lados del camino se va desplazando, resbalando mi mirada sobre la esencia esquiva de las cosas.

Pero sigo caminando, no sé bien con qué propósito, por pura inercia tal vez, porque tiras de mi mano... Porque sé que si me detengo, será posiblemente ya para siempre.

* * *

DENTRO DEL SUEÑO

En la cama, desnuda como una Venus emergiendo de su concha, ladeado el cuerpo y desperdigados los negros mechones de su cabello sobre la almohada, está ella. Yo la observo desde la distancia, a escasos dos metros, como el espectador que contempla suspendido la obra de arte exhibida en un museo. Luego me aproximo a ella, lentamente, saboreando cada paso, hasta que al llegar a su altura la abordo por la espalda y dejo que las yemas de mis dedos resbalen a través de su piel como regueros que arrastrasen un deseo incoercible, despacio, apenas un leve roce que no la libera del sueño en el que está sumida pero que consigue extraer de su boca un suspiro, tan leve como ese roce que lo provocó, ese roce en el que mis dedos continúan deslizándose, hacia abajo, siempre hacia abajo, como en un tobogán, sin dejar rastro visible pero envolviéndola poco a poco dentro de un halo etéreo, un halo en el que yo mismo me difumino y que produce el portento de permitirme entrar, sin ásperas ofensivas, dentro de su universo onírico, formar parte de su sueño para, vestido con las únicas galas de mi propia piel, bailar con ella ancestrales danzas proscritas.

Mis ojos ya no ven la realidad que a ellos se ofrece, no existe el lecho, ni las sábanas, ni la cómoda de madera adosada, ni siquiera el vaso de agua que sobre ésta reposa y en cuyo cristal aún están húmedas las huellas de sus labios amarantos. Estoy en una dimensión ajena, dentro de su sueño, y allí los componentes son otros, más nebulosos, menos tangibles, su sonrisa lo invade todo, como un relámpago de luz ante el cual todo lo demás empalideciera y se hiciese pequeño, tan pequeño en este caso que las formas terminan por difuminarse y el escenario queda reducido a dos cuerpos, el suyo y el mío, sin que nada exista más allá, dos cuerpos que danzan y se aman. Ella es mi Cibeles y yo su coribante. Bailo y la beso. Y ella me besa. Y yo la deseo.

Estoy en su sueño, vivo y muero allí, en el sueño de ella, que también ya es mi sueño, un sueño hecho de caderas, de senos, de piel, de brazos y piernas; caderas hacia las que mis manos se precipitan, senos que encuentran mi lengua, piel que se estremece a mi contacto, brazos y piernas que se enredan en un nudo inextricable. Ella es mi diosa y yo la adoro como a tal. Y la beso de nuevo. Y ella, mi diosa, también me besa. Y el beso se hace infinito y traspasa los umbrales del sueño para entrar en lo real, porque mi boca en ese instante está ya dentro de su boca, y sus piernas hacen un escorzo de tango y se aferran a las mías incitando a mi carne ardiente para que se abra hueco en su carne húmeda..., en el sueño, y fuera de él, sobre la cama, en el lecho donde me he tumbado también yo.

Pero no, no es real, abro los ojos y compruebo, con dolor, que no es real, porque ella sigue dormida, porque sus muslos reposan indolentes sobre el colchón, porque su boca está cerrada y no acogió el deseo de la mía, porque su sexo no está húmedo ni se impregnó de mi ardienta, porque sus pezones no se yerguen endurecidos ni su piel palpita entre estremecimientos... ¡Pero parece, sin embargo, tan real! Mas ¿qué es lo real y qué

lo irreal? ¿Dónde está el límite? Desde luego, fue real en el sueño, eso es evidente, como así lo testimonia que salga de él sudoroso y sofocado y que pulsaciones desaforadas hagan que mi corazón se asemeje por momentos a una alfana alocada. Sí, fue real, ¡tan real! La miro. Sigue dormida, su respiración serena y armoniosa es puro contraste con la mía agitada y febril. Durante el tiempo que invadí su sueño, ningún movimiento ha efectuado en el plano real, sólo esa respiración suave la delata, si acaso algún que otro liviano escorzo apenas perceptible, poca cosa, ligeros culebros sobre el colchón de esas sensuales curvas que en la anatomía de su cuerpo van configurando muslos, caderas, senos...

Deposito un dulce beso sobre sus labios, esos labios que al paladar transmiten preciados sabores, extractos de miel y de canela, aroma a rosa y celindas, y decido a continuación marcharme... Pero no, no me marchó todavía, tan sólo doy un paso hacia atrás y me detengo, vacilo, frenada mi decisión por una poderosa fuerza que me retiene allí, junto al tálamo, un encantamiento contra el que me cuesta luchar y que, convirtiéndolas en inamovibles columnas, hace que mis piernas se resistan a obedecer los mandatos del cerebro. Es la magia que aflora de su cabello desparramado en la almohada, de sus ojos cerrados, de sus labios rojos, de su piel de seda, una magia que se ciñe alrededor mío como un revestimiento gaseoso que me contagiara de voluptuosa pereza. Y aunque sé que debo irme, allí sigo, estancado, incapaz por momentos de resistir la tentación que me empuja a regresar al lecho y colarme de nuevo en sus sueños.

Porque quiero estar junto a ella en todo momento, porque la necesito, porque ella es mi aire y mi alimento, mi luz, mi calor, la sangre de mis venas, el sentido de mi vida, porque su presencia cercana revitaliza mi espíritu, me confiere un valor del que carezco cuando no la siento a mi lado, porque deseo amarla con dulzura y también con vehemencia, ser en su piel seda y fuego, calma y pasión..., porque me niego a cerrar tras de mí la puerta y dejar de verla. Porque, sobre todo, sé que al irme la realidad engullirá de nuevo mi mente y otra vez me sentiré solo frente al muro en que se ha convertido mi vida.

Y es que, por más que desee engañarme a mí mismo, sé que todo esto no es real, que no se trata ya de que siga dormida, respirando mansamente, pasiva y mórbida cual displicente diosa, sino que ni siquiera está allí, que tan sólo es mi mente la que sigue sosteniéndola sobre esa cama donde tantas veces compartimos amor, deseo y lujuria; mi mente, esa forjadora de quimeras que, plegándose a un ávido afán, tiene a bien engañarme con la materialización de su cuerpo desnudo frente al mío; mi mente, que no halla dificultad alguna en reproducir unas formas que en la memoria lleva grabadas a fuego; mi mente, sí, la misma que, no obstante, termina por abrir sus propios ojos, los ojos de la mente, para que yo constate, con insoportable dolor, que en realidad soy el único que ocupa esa habitación, que lo demás es mera entelequia, que ella no está realmente allí, que está lejos, que hace ya mucho tiempo que se marchó, que se alejó para siempre de mi vida.

Por eso sigo de pie, inmóvil, incapaz de irme, consciente de que al marcharme la quimera se desvanecerá del todo y una vez más volveré a estar solo en mi propio desierto, cabeceando frente a mi peculiar y triste muro de lamentaciones, llorando, sufriendo,

cubierta mi alma únicamente por un manto de soledad y nostalgias.... Por eso sigo allí, sabedor de que ya sólo podrá ser mía dentro del sueño.

* * *

Nieva en mi ciudad

Nieva. Como una lechosa legión de insectos suicidas, miles de copos afloran de un cielo ceniciento y sombrío para morir sobre un asfalto que los acoge indolente, que absorbe su humedad y se convierte en su improvisada tumba. Albos, seductores, desordenados, van cayendo uno a uno, falange kamikaze que en febril holocausto ofrece su sangre como sacrificio, una sangre que va tiñendo de blanco suelo, tejados y árboles.

Nieva. Y cada copo porta una dosis de tristeza que se hinca en el alma como un dardo envenenado, un tósigo que te alcanza y se va filtrando por tus venas sin que apenas te apercibas, aunque ni siquiera uno solo de ellos haya llegado en ningún momento a rozar tu piel desnuda. No, no precisa de contacto físico su veneno, bastan los ojos para absorberlo, esos ojos que, hipnotizados por la nívea estampa, lo conducen hasta lo más recóndito de tu ser, esos ojos que a través del cristal de una ventana contemplan embebidos el blanco desplome de la nieve sobre el asfalto.

Nieva. Cielo y suelo mezclan sus colores, gris el de aquél, blanco el de éste, y componen un paisaje que seduce y adormece, que invita a la nostalgia, que atrae fantasmas que parecían olvidados, que hace que en tus oídos resuenen lejanos ecos con notas de violín y órgano.

Nieva. La belleza del nevado paisaje nos envuelve, cautiva a nuestros ojos con su fulgente apariencia, invitándonos a la contemplación extática, y embriaga de languidez nuestro ánimo, que zangolotea dentro de una volanta que va y viene entre meandros de melancolía. Cada copo es una palabra que cobra vida y ante cuyo empuje capitula la voluntad y la razón se desarma.

Nieva. La ciudad se tiñe de blanco y lágrimas de alabastro humedecen mis ojos embebecidos.

* * *

MI NIÑA AZUL

Me llena de besos mi damita azul,
y en palpitaciones se desboca el pecho
al sentir sus labios, tan dulces, tan frescos,
acercarse a mí.

Mil suspiros brotan de mi alma inquieta,
que son mil heraldos de infinito anhelo,
nuncios de esperanza, jirones de aliento,
ansia de vivir.

Vivir, que es sentirla
Vivir, que es tenerla
Vivir, que supone notar su presencia
al caer la noche y al rayar el alba,
saber que ella es mía,
gozar de su esencia sin ninguna traba,
ser de sus miradas
el norte exclusivo.

Vivir se me antoja subir a su cielo,
y me siento vivo
cuando ella me habla,
cuando me sonrío,
cuando en la mañana sus rosas recibo,
tan fragantes que embriagan,
y me abandono a sus besos, candentes
como la lava.

Ella es azul,
Rosa mi sueño.
Azul y sueño,
cielo y sonrisas
que en mí derrama
mi dulce niña

En el filo de un destal el universo se apoya,
de una parte está la luz,
las tinieblas de la otra.
Quiero caer en aquélla, lejos de la oscuridad,
siendo fácil la tarea
si estoy con mi niña azul.

De ilusión me inunda pensar en mi dama,
la mágica rosa de un edén perdido
que sin merecerlo me trajo el albur.

Es tan delicada,
que al propio Sol va
y ordena que salga
para darme luz.

Rosa del deseo, fuiste en mi camino
fuente de esperanza

Azul es mi rosa,
la flor de mis sueños.

Rosa y sueño,
sonrisa hermosa
la que me ofrece
mi bella alondra.

Asómate, Cielo, siéntete orgulloso,
pues del color de mi dama tienes tú el rostro.

* * *

SALAMANCA

Salamanca, Salamanca,
Si entre tus calles me pierdo
No me busquéis con premura
Dejad que decline el tiempo

Fundirme en sus rancios muros
De docto saber cubiertos
Detenerme en los rincones
A contemplar sus misterios

Dejad que goce del alba
Que me embriague su cielo
Zarco en la prístina aurora
Fuego en su arrebol postrero

Que me sumerja en sus noches
De tuna, zambra y bureo
Que despierte entre los brazos
De la mujer que yo quiero

Salamanca, Salamanca,
Si entre tus calles me pierdo
No me busquéis con premura
Dejad que decline el tiempo

* * *

Firma de **Laberinto**

.....
"El aleteo de las alas de una mariposa se puede sentir al otro lado del mundo"
(Proverbio chino)
.....